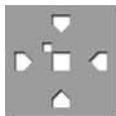


# FERNANDO ORVISO HERCE: UN LLANERO SOLITARIO EN EL CERCANO OESTE DIEGO MARÍN A.

*Este artículo no hubiera sido posible sin la ayuda de Luis Sáez Gamarra, Alfredo Iglesias, Jesús Cuadrado, Ramón Charlo y, sobre todo, de las hermanas Valvanera y Maité Orviso Martínez. De ésta última, a los tres años de edad, su padre dijo que «inunda de risas los pasillos de la casa». A ellas dedico estas palabras, con mi más sincero agradecimiento y mi admiración hacia su padre.*

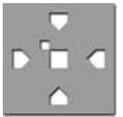
«**T**odos nacemos para la aventura en la realidad, aunque no la hagamos nunca», explicó Fernando Orviso Herce al periodista Antxon Urrusolo en el programa *Detrás del Sirimiri* de ETB-2. Eran las palabras de un escritor que había publicado más de 500 novelas pero apenas nadie conocía. El porqué era muy sencillo: los libros se vendían mejor si tenían un nombre sonoro y extranjero en la portada y por eso los verdaderos autores quedaban relegados al anonimato. Aquella era literatura de quiosco, novelas populares de género: Oeste, Terror, Románticas, Bélicas, Policiacas...; que también tenían sus *best sellers* en Marcial Lafuente Estefanía y Corín Tellado. Otros escritores riojanos probaron la misma suerte, como el guionista logroñés Rafael Azcona, que comenzó escribiendo este tipo de libros con el heterónimo Jack O'Relly ('Amor, sangre y dólares' y 'Siempre amanece', de 1954, son algunas de ellas), o el jarrero Luis García Lecha, refugiado en pseudónimos como Clark Carrados, Glenn Parrish y Casey Mendoza ('El viajero



que vino del infinito', 'Destruid ese planeta' o 'Proscritos de la galaxia' fueron algunas de sus *space*-óperas); la suerte de vivir de la literatura, convirtiendo una afición en una profesión, pero quedando reducido su protagonismo simplemente a la labor de escribir y su verdadera autoría perdida para siempre detrás de aquellos rimbombantes nombres falsos.

Fernando Alejandro Orviso Herce nació en Logroño en 1926, donde también falleció en 2007, a los 81 años. Con apenas unos estudios primarios que no llegó a terminar para comenzar a trabajar como carpintero a los 13 años, también ejerció de obrero en el mantenimiento de bodegas como Berberana, su último oficio. Entre tanto, una fábrica de conservas y un taller de radiadores para automóviles fueron otros de sus lugares de trabajo. Quedó huérfano de padre a los 2 años y de madre a los 8 años, por lo que, junto a sus dos hermanos, Eduardo (que falleció en Rusia, enrolado en la División Azul, durante la Segunda Guerra Mundial) y Carmen, quedó al cargo de sus tías. Éstas trabajaban en la taquilla del Teatro Bretón de los Herreros y de los cines Alhambra y Frontón de Logroño, lo que favoreció que el entretenimiento de los hermanos Orviso fueran largas, diarias y gratuitas sesiones de cine al salir del colegio. El cine siempre fue la principal referencia para la literatura de Fernando Orviso Herce, tanto en el género del *western* como en el de terror. «Cuando tendría 7 u 8 años recuerdo haber visto *Doctor Frankenstein* en el cine y que luego me dejaron mis hermanos solo en casa», explicó Orviso a Urrusolo, que también lo entrevistó en el programa *Saski Naski*. «Ahora, cuando veo películas de terror, me da risa», confesó el escritor logroñés, que también recordaba «con mucho cariño» haber visto *King Kong* y *Tarzán de los monos*. A los 58 años Fernando Orviso Herce se jubiló, enfermo de artrosis, afectado en las caderas y las muñecas. Y, a parte de su pensión de obrero, logró que le reconocieran también como escritor jubilado, trabajo por el cual percibió igualmente sustento. No obstante, Orviso se mantuvo durante diez años con el oficio de escritor y mantuvo a su familia con esa profesión.

Antxon Urrusolo descubrió la historia de este logroñés y la contó en el reportaje '«Yo que tú no lo haría, forastero»', publicado el 9 de febrero de 1986 en el diario EL CORREO ESPAÑOL. Días después, el 18 de febrero, emitió el documental 'Los 500 hijos de Fred Hercey' en *Saski Naski*, en un juego de palabras con el medio millar de libros publicados por el escritor logroñés. Debíó



**EL CORREO ESPAÑOL**  
EL PRIMER TERCIO  
EXTRAORDINARIO DOMINICAL

15.840.- Domingo, 22 de febrero de 1981. Nº 22.254. 33 páginas

**EDICIÓN RIOJA**

El obispo de la Rioja visitará a los misioneros logroñeses en Burundi

● PÁGINA 7

PARA SAN MATEO, TERTULIAS TAURINAS CON VIDEO GIGANTE EN EL NUEVO AYUNTAMIENTO

● PÁGINA 4

*Coleo Sotelo no es partidario de un nuevo debate*

**La Administración Reagan, totalmente abierta a la renovación del tratado hispano-norteamericano**

Crónica de JOSÉ MARÍA CARRASCAL

● Páginas 23 y 24

Al no clarificar la situación de los cónsules secuestrados

## PREOCUPACION POR EL COMUNICADO DE E.T.A.

- ★ *Polémica reunión de la Junta de Seguridad para tratar de los secuestrados*
- ★ *Rosón se reunió con altos cargos de las Fuerzas de Seguridad*

Desencanto y preocupación han producido en diversos medios, al comunicado de E.T.A. (P.M.), reivindicando el secuestro de los tres cónsules.

La Junta de Seguridad se reunió en Vitoria con carácter extraordinario para «analizar la situación planteada por los secuestrados». Mientras, el gobernador civil de Vitoria, Fernando José Martínez, califica de «positiva» la reunión. El Gobierno manifestó que «no podemos correspondernos de las cosas en las que no tenemos control», expresando su deseo de que sea «la última vez que se reúne con carácter extraordinario» la Junta de Seguridad.

Ninguna novedad relevante se presentaba en cuanto al secuestro. Y el ministro del Interior se reúne con los directores generales y jefes de los Servicios de Información de la Policía y de la Guardia Civil, para tratar el tema.

● Páginas 14, 15 y 16

**Un logroñés, Fernando Orbiso, ha publicado más de quinientas novelas del oeste y policíacas**



El logroñés Fernando Orbiso, es un escritor que le dedica devoción a esta de las letras desde su más temprana infancia. De formación autodidacta, se dedica desde muy joven a escribir novelas del oeste, policíacas y demás que aún hoy. Es lo que el mismo escritor Orbiso. Ha publicado un total de más de quinientas novelas, con una tirada media de diez mil ejemplares cada una. Trátese de la arena del desierto, «Trece campanadas», «Mata», de los ruidos de Texas, le han valido al escritor logroñés poder vivir de sus novelas durante diez años. «Capacidad singular» tal es del día para trabajar en otros idiomas, con la novela sacada para vivir el trabajo suya pagada los estudios de sus hijos. Actualmente Fernando Orbiso trabaja sobre un estudio de la república y sobre una historia de la vida de Cristo. (Foto SALVA)

● Página 9

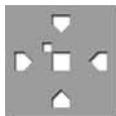
**EL SALVADOR: EL CORONEL MAJANO, DETENIDO**

★ Será sometido a un juicio militar por no incorporarse a su destino de embajador en España

● PÁGINA 24

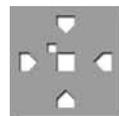
Hoy, en nuestras páginas  
**131 OFERTAS DE TRABAJO**

Portada del diario EL CORREO ESPAÑOL (Edición Rioja) del 22 de febrero de 1981.



caerle bien Orviso a Urrusolo porque, años después, volvió a entrevistarle en el programa *Detrás del Sirimiri*, con el título 'Un jubilado del Oeste'. En el artículo que publicó en EL CORREO lo presentaba así: «Fernando Orviso es un prolífico escritor con más obras editadas que Shakespeare, Faulkner y Cervantes juntos. [...] También podría decirse de él que tiene [...] casi tantos lectores como de televidentes presume *Falcon Crest*». Aunque el periodista vasco fue el que más hincapié hizo en la singular trayectoria vital y literaria de Fernando Orviso Herce, no fue el primero en sacar a la luz su historia. El 7 de febrero de 1974 Julia Cibrián publicó en NUEVA RIOJA una entrevista a Orviso y, años después, el 22 de febrero de 1981, fue Miguel Ángel Rojo el que volvió a publicar un reportaje sobre este escritor en EL CORREO ESPAÑOL, esta vez como tema de portada. Así explicaba Orviso a Rojo su peripecia laboral: «Empiezo a trabajar pronto. En trabajos muy movidos, como se puede ver: empiezo de carpintero, y al par de meses, por plantear una reivindicación, me mandan a la calle; paso luego a una empresa de ebanistería, sale la Ley por la que había que pagar los domingos, con lo cual el empresario resuelve que le sobra el último aprendiz, que era yo; trabajo después en una fábrica de conservas, donde durante dos años hice de todo, desde albañil hasta carretero; de ahí, a una fábrica de radiadores de automóviles, donde consigo la categoría de primer especialista, y estoy allí veintidós años. Poco a poco he ido escribiendo y en este momento puedo vivir de mis libros. Fue de los años 60 a los 70. [...] La novela popular ya no se vende como antes. La televisión nos ha quitado la clientela, y yo me veo otra vez en la obligación de buscar trabajo. Estoy un tiempo en una fábrica de muebles y hoy trabajo en una bodega de Denominación de Origen». Era 1981. La mecánica de la labor literaria de Fernando Orviso Herce era metódica, como el trabajo en una fábrica, se levantaba temprano y escribía a mano durante horas, solo acompañado de algunos cigarrillos. Luego pasaría a la máquina de escribir.

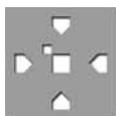
Orviso comenzó a escribir en la mili, publicando en el periódico *El escopín* del propio cuartel de Burgos. Fue después de licenciarse, en torno a 1944, cuando escribe su primera novela que «no me satisfizo en absoluto, era de edad infantil, así que me propuse esperar a ser adulto», explicó. La novela había sido enviada a una editorial que la rechazó, pero animó al autor a corregirla, tarea que hizo hasta que logró publicarla. «Después de cumplir el servicio militar me



animé a enviar un manuscrito a un editor. Se titulaba *Falsos cadáveres* y me la devolvieron ‘por falta de estilo’. ‘La historia no está mal’, me contestaron, ‘pero es preciso ir al grano. Sin grandes parrafadas ni encendidas retóricas’. La rehice y volvieron a devolvérmela a vuelta de correo. Insistí en una tercera corrección y fue por fin publicada», explicaba Orviso a Urrusolo en EL CORREO y así detalla claramente la línea editorial de aquellas colecciones de libros. Las historias debían transcurrir de forma ágil, estaban dirigidas a un lector no culto y buscaban el único fin de la diversión,

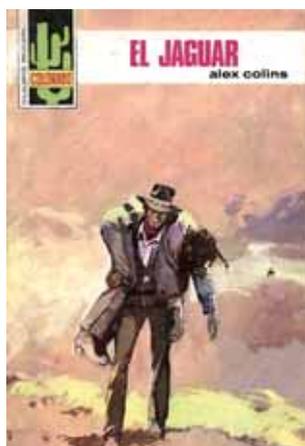
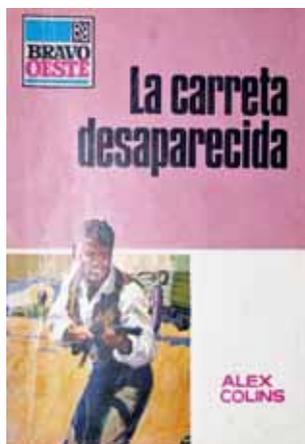
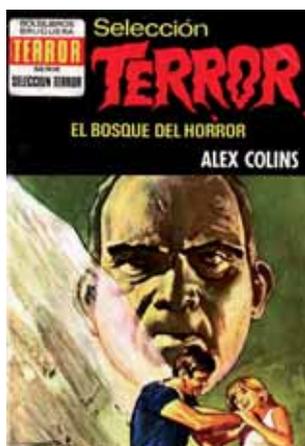


de la evasión de la vida cotidiana, de sus problemas, sus presiones y sus carencias. *Falsos cadáveres* fue finalmente publicada en 1959 por la editorial Rollán y bajo el pseudónimo de Fred Hercey. Pero la primera novela que publicó Fernando Orviso Herce fue, en 1945, con apenas 19 años, *Jinetes del destino* (número 29 de la colección Texas de Ameller Editor y, curiosamente, también título de una película de John Wayne y Cecilia Parker de 1933, igualmente conocida como *Raza de domadores*), que fue la única que vio la luz con el nombre real del autor y que finaliza con una sentencia en forma de versos: «En todas partes luchamos/guiados por nuestro sino./Por eso mismo nos llaman/los Jinetes del Destino». *Jinetes del destino*, que está dedicada a su hermana Carmen y a su cuñado Miguel, que fueron con quienes vivió de joven («A mis queridos hermanos Carmen y Miguel, con mi más profundo cariño»), hasta casarse con Matilde Martínez, es un libro de pequeño formato, como todos los de este género, con unas medidas de 15x11 centímetros y que se vendía al precio de 5 pesetas. «Cuando escribes novelas de éstas, las casas [editoriales] te piden pseudónimo», reconoció Orviso. Así es como comienza a publicar regularmente, consiguiendo contratos para escribir por encargo hasta dos novelas por semana, siempre



RARA AVIS

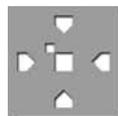
FERNANDO ORVISO HERCE



bajo otros nombres, como Fred Hercey (sobre todo, para las de vaqueros, de terror y de gángsteres en la editorial Rollán), Alex Colins (para las novelas de la editorial Bruguera), Eduardo de Rioja (para las románticas, también en Rollán) e incluso Fred H. Collins, una fusión de sus heterónimos apenas utilizada en Rollán.

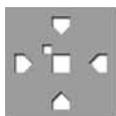
De la producción total de Fernando Orviso Herce, la mitad de los libros son historias de vaqueros e indios. De las novelas que se sintió menos satisfecho fueron las románticas, de las que solo escribió tres títulos. A partir de 1960 comenzó a escribir novelas policíacas y, ya de forma tardía, a partir de 1972, historias de terror. Orviso trabajó, sobre todo, para la editorial madrileña Rollán y, posteriormente, con la heredera de los fondos de ésta, Andina, que reeditó buena parte de los libros de Fred Hercey. También publicó con la poderosa Bruguera (un total de 82 títulos, como Alex Colins), entonces dedicada por igual a la publicación de cómics de autores como Vázquez, Ibáñez y Escobar, y, de forma más esporádica, con las editoriales Toray y Castellana.

Tras veinte años trabajando en el taller de radiadores, Fernando Orviso Herce dejó aquel trabajo para dedicarse a escribir en el despacho de su casa de la calle Beatos Mena y Navarrete de Logroño. Entonces cobraba 2.500 pesetas por novela entregada a la editorial Rollán, aunque cada género tenía su tarifa correspondiente: «Las del Oeste pagaban menos pero se vendían más. Las policíacas se pagaban a 3.000 pesetas», recordó Orviso. En los años 60, década del *boom* de la de-



nominada «literatura de quiosco», de las novelas que se compraban y cambiaban en los quioscos y librerías, hubo una reivindicación por parte de los autores, que exigieron el 5% del precio de venta de cada novela, que entonces rondaban entre las 6 y las 12 pesetas. Así, los escritores pasaron a cobrar 10.000 pesetas por cada original. También 10.000 era la cifra aproximada de ejemplares de cada edición de esas novelas, muchas veces reeditadas en nuevas colecciones, otras editoriales... Y tanto enganchaban a autores y lectores que Orviso reconocía a Miguel Ángel Rojo que «incluso hice una encuesta sobre el público, para ver qué le gustaba más. Así supe que el 80% de los lectores prefería que el asesino no se conociese hasta el final, preferían ir adivinando».

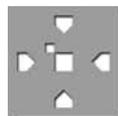
«Los indios fueron los buenos», explicaba Fernando Orviso Herce a Urrusolo en EL CORREO, y es que las novelas del Oeste fueron su género favorito y el más fructífero. A Rojo le explicó que sus personajes eran «muy simples, ficticios, por supuesto; siempre en defensa de los más oprimidos. Yo, en mis novelas del Oeste, propongo al protagonista como un defensor de los marginados, de los indios y de los negros, que con ellos hicieron los americanos un genocidio semejante al de los nazis con los judíos». «Hacer una novela es como tener un hijo», comparaba, «es parecido a un embarazo, algo que llevas dentro y quieres que salga fuera». Quizá el sacrificio del trabajo manual y diario provocaban a Fernando Orviso Herce la necesidad de escribir, imaginar otros mundos para evadirse de la realidad. «Yo recomiendo a todos en general que escriban siempre que tengan gana de ello. Es una válvula de escape, aunque no te lo publiquen; todo lo que te tienes que callar, lo que no puedes decir, ahí lo dejas, te desfogas; yo escribo todo lo que se me ocurre y me quedo tan tranquilo», explicaba a Miguel Ángel Rojo en EL CORREO. Y, a pesar de que convirtió la literatura en una profesión —con más mérito aún, si cabe, al ser autodidacta—, Orviso lo mantuvo siempre casi en secreto, quizá para no arrebatarse la magia a los lectores. «Da mucha ilusión ver gente que lee con atención tu novela», declaró a Urrusolo en ETB-2, «me ha ocurrido muchas veces ir a un quiosco y que la gente compre o cambie mis novelas» e «ir a Barcelona por la noche y ver gente leyéndolas», pero nunca confesó ser su autor a aquellas personas que le leían por la calle, en los bares y en los trenes: «Quizá yo sea muy sencillo pero me parecía una fanfarronada abordarla [a esa persona que leía el libro] y decir que el autor de esa novela era yo».



RARA AVIS

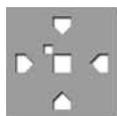
FERNANDO ORVISO HERCE





Fernando Orviso Herce, a pesar de ser también Fred Hercey y Alex Colins, nunca viajó fuera de España. Su inspiración venía del cine, de otros libros, de su imaginación y de la documentación que solicitó a la embajada de EEUU, que le envió un ejemplar de la Constitución, con sus enmiendas, y un mapa detallado con los parques naturales y las reservas indias. «Te informabas un poco, no ibas a decir que en Montana había indios Sioux, porque eso no era así, o que en Texas había cheyennes, porque no era así», detalló Orviso. A veces, la inspiración estaba muy cerca: «El río Ebro, con el monte Cantabria, ha aparecido en más de una novela que he escrito, pero con otro nombre. Y también algún personaje, como Juanito 'el Manco', que tiene un bar y que ha salvado a mucha gente de morir ahogada en el Ebro». *Cárcel sin rejas* (Los Intocables, Rollán, 1965) de Fred H. Collins, *Muerte en el aire* (FBI, Rollán, 1969) de Fred Hercey, *El brazo de la ley* (Salvaje Texas, Bruguera, 1973) de Alex Colins y *El hombre del desierto* (Selecciones Desirée, Rollán, 1972) de E. de Rioja son algunas de las novelas que, en realidad, habían sido escritas por Fernando Orviso Herce. Muchas de ellas, además, fueron distribuidas por la editorial Andina por toda América Latina e incluso traducidas al portugués por las editoriales Agencia Portuguesa de Revistas y Cedibra para Portugal y Brasil.

Lo que más sorprendía siempre a los periodistas que acudían a Orviso para contar su historia es que un hombre sin apenas formación hubiera logrado escribir tanto y tan bien. «Yo reconozco que no tengo capacidad para intentar cosas más profundas. Pero yo quería escribir y ver mi obra en una librería», confesaba Fernando Orviso a Antxon Urrusolo en EL CORREO. Aquellas novelas, o «bolsilibros», eran historias de entretenimiento, de lectura fácil. No eran grandes ni sesudas obras literarias, la pretensión era otra, su consumo, la diversión del lector en una época en la que había pocas referencias literarias y el ocio se reducía a la radio y a los espectáculos de variedades. Ni siquiera los lectores tenían conciencia literaria en aquellas obras, muy pocos guardaban aquellos libros —considerados hoy como tesoros para los coleccionistas—, eran un producto de consumo rápido que, después de leído, se revendía o se cambiaba en el mismo lugar donde había sido adquirido. La precariedad económica de la época también contribuía a exprimir el máximo beneficio a cada peseta. Los autores de novelas populares copiaban patrones de unas historias a otras para poder cumplir los compromisos contractuales.



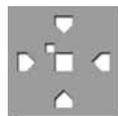
RARA AVIS

FERNANDO ORVISO HERCE

Así, se encontrarán muchos argumentos semejantes a otros, casi se puede adivinar el final de algunas novelas antes de terminar de leer la primera página. En este sentido, hasta era complicado encontrar nuevos y originales títulos para las novelas y muchos de ellos se asemejaban entre sí: *El hombre del desierto*, *El hombre de Virginia*, *El secreto de las montañas*, *El secreto del costurero*, *El secreto del desierto*, *El tesoro del Chares*, *El tesoro del Viejo Wlen*, *El valle de la ambición*, *El valle de la venganza*, *La muerte agazapada*, *La muerte anda suelta*, *La muerte en el camino*, *La muerte en jazz*, *La muerte llega a Pecos Spring*, *La muerte llegó contigo*, *La muerte negra*, *La muerte sigue la ruta*, *La muerte jugó su baza*, *Morirán en mis manos*, *Morirás en la horca*, *Muerte en la ruta*, *Muerte en el aire*, *Viejos camaradas*, *Viejos enemigos*, *Los traidores mueren así*, *Los traidores pagan*, *Soy un rural*, *Una placa de rural*, *Un mal rural...* Palabras como «hombre», «secreto» o «tesoro» y «muerte» eran casi obligadas en los títulos, así como otros elementos de, por ejemplo, el lejano Oeste, como «desierto», «valle», «venganza», «horca»...

«Se trata de pasar un rato entretenido. No tienes por qué creerlo porque es todo falso, es un género que falsea la historia», explicaba Orviso convencido. A eso hay que añadir que, a pesar de que sus novelas transcurren en su mayoría en lejanos desiertos americanos, muchos escenarios y personajes estaban basados en la realidad. «El 20% son personajes ficticios, de la imaginación, y el 80%

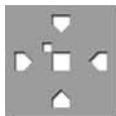




son amigos, vecinos, compañeros de trabajo o personas que has conocido alterando por ahí», afirmó Orviso a Urrusolo, y añadió: «Si a alguno le tienes inquina, le pones el personaje de malo o lo ridiculizas»; y fue más allá: «A esos personajes es mejor dejarlos vivos, así sufren más».

Y tras la época dorada de la literatura de quiosco, Fernando Orviso Herce no pudo mantenerse en su labor exclusiva de escritor. «Dejé de escribir porque se vendía menos, había más incidencia de la televisión y ya no proporcionaba un modo de vida», confesó, aunque nunca perdió el humor. Al inicio de su segunda entrevista televisiva con Antxon Urrusolo, éste le solicitó el tuteo, a lo que el escritor logroñés respondió: «El usted es algo que se impuso hace años como diferencia de clases y categorías, pero cuando leemos el Evangelio se trata de tú a todo el mundo». Lo dijo con conocimiento de causa ya que Orviso, que se declaraba cristiano, ejerció de presidente de la Hermandad Obrera de Acción Católica en La Rioja.

El nacimiento de la televisión en España (TVE comenzó a emitir en 1956, aunque su popularización llegó años más tarde, a partir de la década de los 60) fue la condena de las novelas populares. «Los seriales de televisión son nuestro principal sucedáneo y competencia. Hoy *Falcon Crest* y *Dinastía* vienen a cubrir el espacio de la novela barata. Antiguamente nuestro género servía para distraer a las clases populares y lo hacía desde una perspectiva mucho más noble, porque la literatura de quiosco llevó a mucha gente a la literatura de verdad. Pero, ¿hacia dónde nos llevan esos horribles folletines televisivos?», se preguntaba Orviso en EL CORREO, describiendo a la perfección la crisis y el posterior mercado de la literatura de quiosco que, no obstante, resistió hasta los años 80. En la entrevista que Orviso concedió a Julia Cibrián en 1974, éste informaba que «una editorial catalana, Plaza & Janés, concretamente, me ha encargado la redacción de una historia de la Guerra Civil española», y explicaba: «aunque yo no participé en el frente, porque tenía 10 años, soy camisa vieja de Falange, ‘ballilla’ entonces, y fui testigo de muchas anécdotas, algunas de ellas peligrosas, que no me atrevo a publicar». Cibrián, en aquella entrevista, escribió: «Este escritor de Logroño —casi se puede decir que el único en términos oficiales, ya que de nuestra provincia sólo él pertenece y cotiza al Montepío de Escritores de Libros— está muy preocupado por la cultura del pueblo, especialmente de la clase obrera». A Rojo, en 1981, Orviso explicaba que «ahora me dedico a la investi-

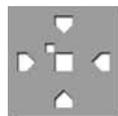


gación histórica. Tengo terminado un borrador sobre la tortura, titulado *Páginas negras de la historia*, que trata de la represión desde el militarismo de España hasta la inútil tragedia de Hiroshima y Nagasaki. Tengo otro borrador sobre la primera revolución liberal española, que guarda cierta similitud con esta que estamos viviendo ahora, que no quiere decir que el pueblo no quiera la democracia, lo que no quiere es que se la brinden desde arriba: de ahí su indiferencia. [...] Y un estudio sobre el gangsterismo en los Estados Unidos. Y, porque soy cristiano, proyecto un borrador que título *Cristo, un líder para el pueblo*, porque no estoy de acuerdo cómo nos presentan su figura en los medios habituales». Algunos de esos proyectos, como el de la Guerra Civil española, quedaron inéditos en su despacho, manuscritos a bolígrafo sobre folios cuadriculados.

Fernando Orviso Herce también sufrió la censura franquista, algunos de sus libros no llegaron a ser publicados y «se quedó con ellos una editorial madrileña». Es el caso del citado *Páginas negras de la Historia*, «su temática varía desde el estudio del caciquismo, la época de Canovas, el inútil bombardeo de Dresde, que cortó más vidas que la bomba atómica...», explicaba a Cibrián. Precisamente fue la periodista Julia Cibrián la única que recordó a Orviso cuando falleció, el sábado 24 de marzo de 2007, dedicándole poco después, el martes 10 de abril del mismo año, su columna de opinión semanal *Almazuelas de barro* en DIARIO LA RIOJA. A modo de homenaje, la autora escribe una semblanza sobre un autor anónimo y, sin embargo, muy leído, muy popular con sus pseudónimos y al que hacía 33 años había entrevistado en ese mismo periódico. Fue, hasta ahora, y salvando las referencias en internet con información vaga, lo último que se escribió sobre Fernando Orviso Herce, un auténtico llanero solitario en el cercano Oeste de Logroño.

## GRACIA QUE NIEGA EL CIELO

Hace un par de semanas murió en esta ciudad uno de los escritores más prolíficos, publicados y traducidos de este entorno. Se llamaba Fred Hercey. Era un pionero que había emigrado al Oeste americano para contar cómo emitían los rifles su bronco bramido. Se llamaba Alex Collins cuando se perdía por desconocidos bosques preñados de horrores, pavor y siniestras sombras.



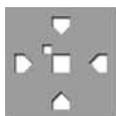
Se llamaba Eduardo de Rioja y se emocionaba por escrito ante la ternura de un encuentro, quizá con un punto más de sutileza y contundencia que Corín de Asturias.

Se llamaba para la vida diaria y el DNI Fernando Orviso Herce. A lo largo de su vida publicó más de quinientos títulos. Algunos quedan en el mercadillo de esa plaza mayor globalizada que se llama red, donde se pesca con reteles virtuales y dinero real. Vaya en su memoria una entrada cogida al azar: «Serie FBI. Número 840. 'La Casa de las Montañas'. Fred Hercey. Editorial Rollán, Madrid. 1966. Rústica. 105+15 cm., 128 páginas. Usado. Pérdida de la cubierta. Algunas hojas con rayas de bolígrafo que no afectan para su lectura. Intriga». Es posible que en algún lugar quede algo de lo que declaró más interesante para él: la historia de este país, páginas negras de guerras, repúblicas y represiones más crueles que las praderas salvajes y las malas calles.

Fue un correctísimo y entusiasta trabajador de esa literatura popular, entretenida y digna, que hoy las televisiones han reconvertido —salvo excepciones— en algo más bien cutre, incluso indigno o solemnemente aburrido, donde la unión de tres palabras seguidas sin errores —gramaticales, mentales o morales— es un milagro que nadie se cree.

Por extraños mecanismos de asociación, y porque quiero, me viene a la memoria el nombre de otro escritor ahora vecino de barrio de Orviso, que pasó la vida quejándose de todo, hasta de lo que hacía bien: «Yo que siempre me afano y me desvelo/por parecer que tengo de poeta/la gracia que no quiso darme el cielo», lamentaba. Hay amores que matan y quejas que merecen palos. Palos le dieron al buen hombre hasta en el pie de imprenta. Pero ese es otro cantar.

El cielo niega su gracia cada día, cada año, cada siglo a miles —millones— de ciegos creyentes en su destino de escritores, pintores, escultores, músicos, cantantes, maniqués. Su pasión creadora queda en pólvora mojada por ausencia de algo que no viene en las instrucciones de uso: el talento, sin más, o el talento del marketing, cielo cuya gracia facilita mucho las cosas para atrave-



RARA AVIS

FERNANDO ORVISO HERCE

sar este valle de lágrimas. Millones de creadores se van de este mundo con la fórmula acuñada por el mismo quejica: «fuese y no hubo nada». Nadie sabe sus nombres, son nada, ni siquiera calle de su pueblo.

El quejica Cervantes tiene calles, plazas, travesías, casas, monumentos, barcos, hoteles, muñecos de avellano, caramelos. Sigue quejándose. El perdedor de la victoria de Lepanto hubiera preferido más que ser él, ser su heredero, vivir hoy, ser una marca premiada. Desde lejos se le oye jurar que por ello daría gustoso el otro brazo. La gracia del cielo cometió la tremenda injusticia de ascenderle a la gloria por retablos, maeses, persiles, galateas, rinconetes, y, ya de paso, por la leve historia de un toxicómano adicto a la letra pequeña, cliente habitual de la literatura popular.



Fotografía de Salva en EL CORREO (22/2/1981).

## JINETES DEL DESTINO

(Colección Texas, Ameller Editor, 1945)

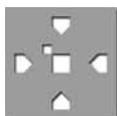
F. ORVISO

**L**a habitación estaba amueblada con el más depurado estilo ascético español. La rigidez de los muebles fabricados por un ebanista español y magníficamente tallados por un estilista de este difícil arte, de la misma nacional que el constructor, hacía que lo que debía ser un alegre cuarto de estar, se asimilara más a la habitación del abad de alguna catedral.

La Hacienda de los Pisón, rancia familia española instalada en California desde su colonización por los primeros conquistadores, se hallaba en franca decadencia desde la ocupación de este territorio por los americanos del Norte, particularmente después de la muerte de don Francisco Pisón; descendiente directo de aquel heroico Pisón, que junto a Fray Junípero Serra, Portolá y Fajes, ganó su pedazo de tierra luchando valerosamente contra los rusos que querían sentar allí sus reales en nombre del Zar Emperador.

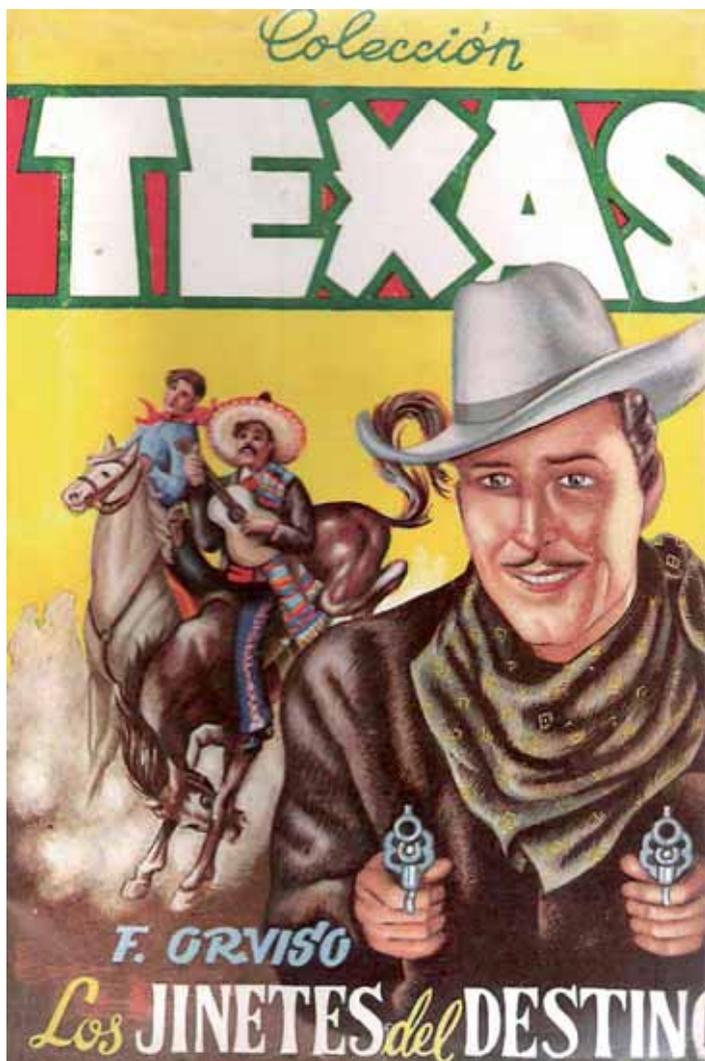
Mientras don Francisco vivió, hízose respetar por los rapaces yanquis que tanto expoliaron a los propietarios españoles, robándoles «legalmente» lo que era suyo y tomando por la fuerza, sin reparar en los medios, lo que la Justicia no les podía conceder. Y es que don Francisco Pisón supo pagar a los yanquis con la misma moneda, devolviéndoles la pelota en todo momento. A las primeras proposiciones de compra, denegó rotundamente con la amabilidad característica de la raza. Con una sagacidad digna de encomio, consiguió que el Gobierno de Washington legalizara los títulos de propiedad y existentes en el Archivo de Indias. Cuando sus enemigos vieron que no podían sacar el menor provecho por ese expédito camino, apelaron a las amenazas, que fueron respondidas despectivamente con otras amenazas. Y, por último, cuando sus contrincantes reconocieron su impotencia para sacar partido por medio de palabras, apelaron a la violencia, pero ésta también se les enfrentó y hubieron de reconocer, a su pesar, que el señor Pisón era un hueso muy duro de roer para sus dientes.

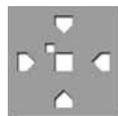
[...]



RARA AVIS

FERNANDO ORVISO HERCE





## CÁRCEL SIN REJAS

(Colección Los Intocables, Rollán, 1965)

FRED H. COLLINS

**E**l viejo Chuck era mendigo de profesión. Alto y desgarbado y pelo canoso, enmarañado. Sus ropas, remendadas por varias partes con trozos de telas de los más divertidos colores, le daban el aspecto de una especie de clown en desgracia.

Pero él estaba muy orgulloso de su modo de vivir. Era libre. Libre como los pajarillos del campo. Y como los pajarillos del campo, el viejo Chuck se procuraba el sustento donde podía y como podía.

Además él se daba a sí mismo el pomposo título de «rey del tabaco». Distinguía las marcas de los cigarrillos a que pertenecían las colillas desde varias yardas de distancia. Le bastaba una simple mirada para conocerlas. Era el «rey del tabaco».

El viejo Chuck detuvo su cansino paso. Luego paseó la mirada por el monótono paisaje de la calle. Casa de ocho o diez plantas, de fachadas desconchadas las más y grandes ventanas. Sin adornos. Los americanos eran así. Daban un sentido práctico a todas las cosas. Sencillez en las construcciones, en la escritura... y en todo. Un no querer perder el tiempo en adornos innecesarios.

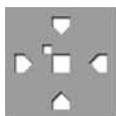
Se aproximó lentamente a la camioneta aparcada junto a un amplio almacén.

Cuatro hombres se afanaban en sacar del almacén grandes garrafas de leche, ordenándolas en la caja del vehículo.

Los hombres terminaron su trabajo.

—Cuarenta garrafas —dijo uno de ellos—. Todo en orden. ¿Cuándo emprendemos la marcha hacia Trail Well?

—Rowland lo dirá. Creo que espera algún pasajero.



RARA AVIS

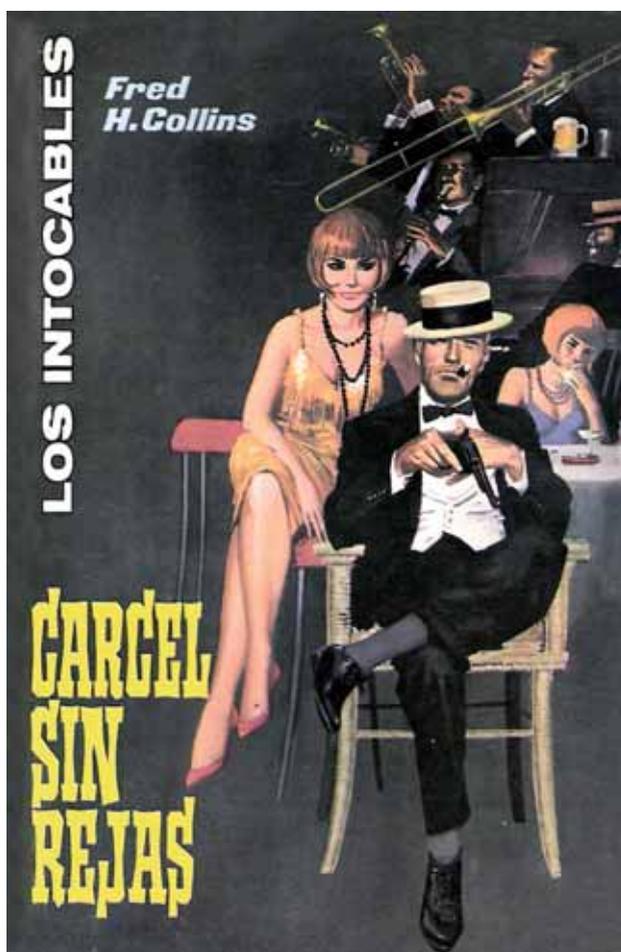
FERNANDO ORVISO HERCE

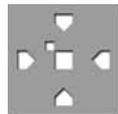
—Me gustaría saber qué clase de pasajeros.

Los hombres desaparecieron en el interior del almacén.

Chuck se plantó junto a la gran puerta corredera, abombando sus carrillos con la lengua. ¿De forma que aquella camioneta iba a emprender la marcha a Trail Well? Pues él iría en ella. Era una bonita forma de ahorrarse una bonita caminata.

[...]





## MUERTE EN EL AIRE

(FBI, Editorial Rollán, 1969)

FRED HERCEY

**E**l inspector federal Robin Skeel acabó de ordenar los papeles que había estado examinando en su despacho de la Seccional del F.B.I. en San Francisco.

Sonó el timbre del teléfono.

—Inspector Skeel. ¿Quién llama?

Captó una voz de mujer. Una voz muy débil, ligeramente ronca y jadeante:

—Roads Avenue... Número ciento ochenta. Auxilio. Me siento... desfallecer.

La voz se fue debilitando por momentos. De forma que las últimas palabras apenas pudieron ser entendidas por Robin.

Seguidamente percibió un ruido sordo. Luego, unos chasquidos, sin que se cortase la comunicación.

Comprendió.

Aquella mujer se había desplomado. Y el teléfono, colgando del cable, se balanceaba, rozando las patas de alguna mesita.

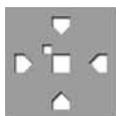
—Oiga —insistió—. ¿Puede escucharme?

Todo fue inútil. Sólo obtuvo el silencio por respuesta.

Dejó el aparato mascullando maldiciones. Preguntándose por qué no avisaban a la Policía local o a un hospital si se sentía mal.

No era la primera vez que ocurría un hecho semejante. Pero el F.B.I. tenía un campo limitado de acción para el crimen.

Decidió ir y hacerse una composición del lugar antes de avisar al capitán de la Policía de San Francisco.

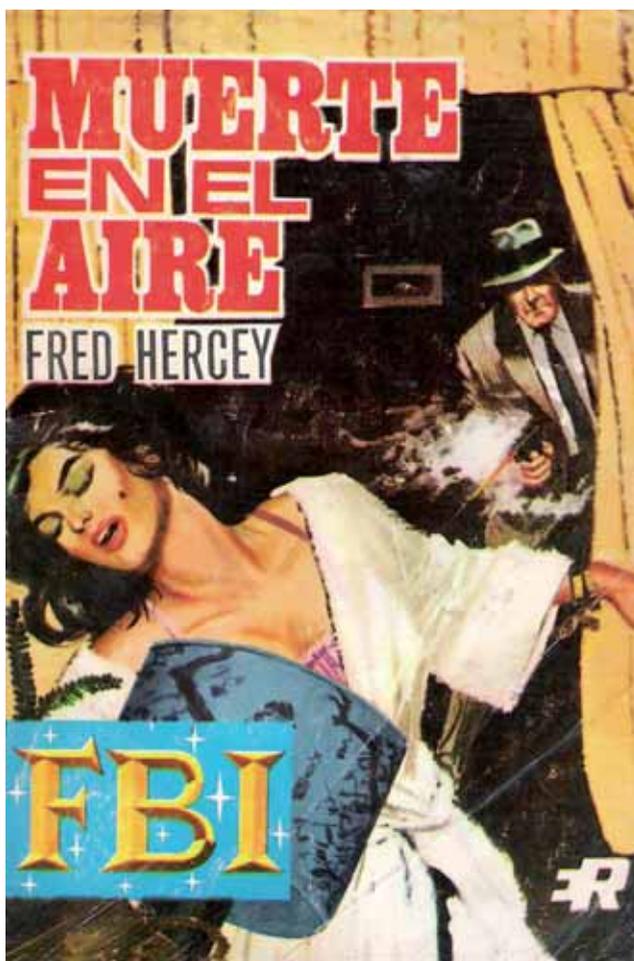


RARA AVIS

FERNANDO ORVISO HERCE

Abandonó el despacho con paso rápido y unos momentos más tarde recorría varias de esas calles amplias de San Francisco, de pronunciadas pendientes, para enfilarse por Roads Avenue, ya en las afueras, en plena carretera de la costa.

[...]



## EL HOMBRE DEL DESIERTO

(Selecciones Desirée, Editorial Rollán, 1972)

E. DE RIOJA

**E**l capitán Marcel Dupont, de la Legión Extranjera francesa, hizo caracolear al brioso caballo que montaba, mientras los legionarios abrían el portón del fuerte bajo la vigilancia del cascarrabias sargento Curtis.

Antes de lanzarse a galope hacia las negruras de la noche que se extendían más allá del pétreo recinto, volvióse al teniente Havin, para decirle:

—No olvide mis instrucciones, teniente Havin. Y no descuide el relevo de los “escuchas” cada tres horas. Estos musulmanes, aunque invocan con demasiada frecuencia el nombre de Alá, tienen el demonio en el cuerpo. Ya se acostumbrará a ello. Los últimos informes recibidos señalan la concentración de los rebeldes en las proximidades de Zenina. Lo cual quiere decir que nos dejarán tranquilos unos días. No obstante, estaré de regreso al amanecer.

—De acuerdo, capitán —respondió el bisoño teniente con deferencia—. Aunque, de un modo u otro, nosotros estamos bien resguardados por estas piedras —abarcó la gruesa muralla con un gesto de la mano—. Pero usted corre un riesgo innecesario saliendo solo esta noche. Me sentiría más tranquilo si le acompañaran un par de hombres por lo menos.

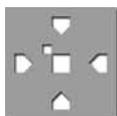
El capitán abrió los labios en una amplia sonrisa al replicar:

—No se preocupe, teniente Havin. Para hacer frente a un puñado de musulmanes levantiscos, me basto y me sobro yo mismo. Y en el caso de que atacara una legión de rebeldes, no creo que la ayuda de un par de hombres pudiera servirme de gran cosa.

Saludó con un ademán de la diestra al teniente y al sargento y picó espuelas.

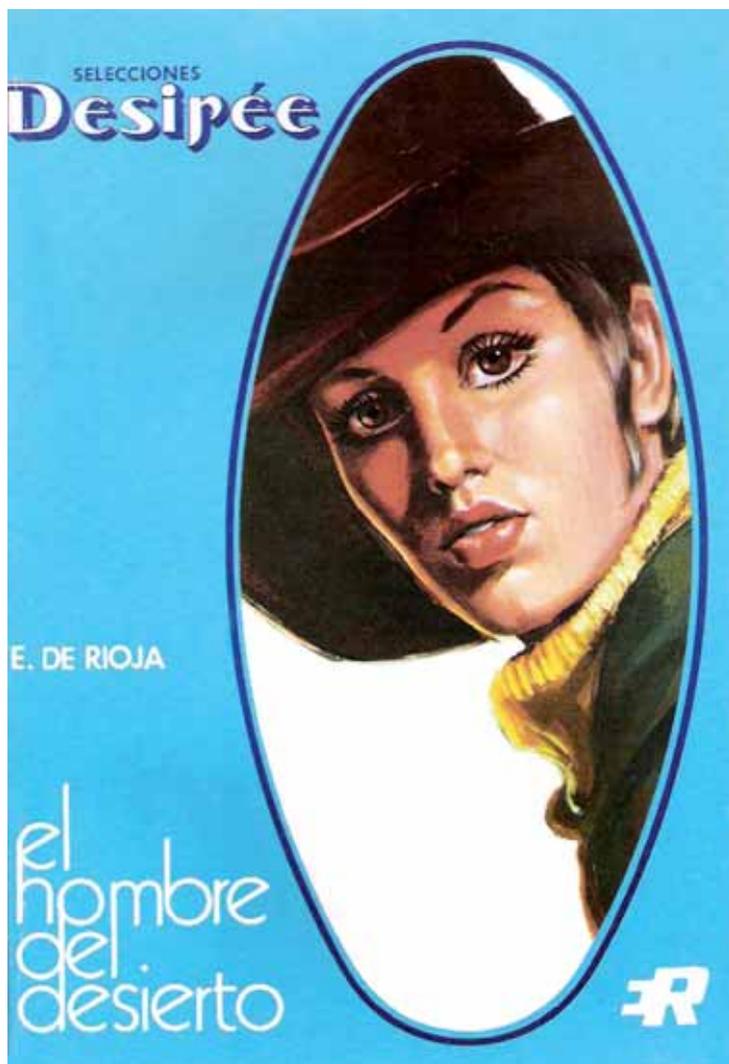
Las gruesas hojas de la puerta fueron cerradas a sus espaldas.

[...]



RARA AVIS

FERNANDO ORVISO HERCE



## EL BRAZO DE LA LEY

(Colección Salvaje Texas, Editorial Bruguera, 1973)

ALEX COLINS

**M**ike Nolan frotó con la manga de su cazadora de cuero la placa de rural prendida en el pecho. Luego atravesó las mamparas y se adentró en el *saloon* de Frenton City.

Pidió una cerveza que fue apurando a pequeños sorbos. Necesitaba un trago para limpiar su garganta del polvo. Y también del mal sabor. Un doble mal sabor.

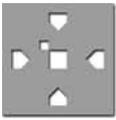
Su misión había terminado. Pero el forajido que había desafiado a la ley y que él había perseguido durante cuatro días, estaba muerto. Y ese era un mal final para Mike Nolan. Él prefería detener a los bandidos y someterlos a la acción de la justicia. Sobre todo si la justicia era administrada por el juez Garden, de Big Spring. El juez decía siempre que el sistema norteamericano era un tanto ambiguo, que resultaba difícil interpretar lo que era legal y lo que era justo. Pero mientras no tuvieran un sistema mejor, no quedaba otro remedio que acogerse a él.

Bien. El juez Garden sí sabía separar lo legal de lo justo. Por eso sus sentencias eran a veces tan extrañas para algunos. Pero esta vez, el juez iba a quedarse sin su forajido. Este había resultado un tipo demasiado duro. Prefirió luchar a muerte antes de entregarse. Y acaso fuese lo mejor después de todo. Era carne de horca. Carne podrida.

Mike miró al hombre que acababa de entrar en el *saloon*. Lo vio a través del gran espejo situado entre los estantes repletos de botellas de bebidas.

Era un hombre joven, bien parecido, a pesar de las ropas que vestía, en bastante mal estado. Su rostro era muy moreno, como eran todos los mexicanos que Mike conocía.

El rural había aprendido a leer el pensamiento a través de la mirada. Por eso se dio cuenta de que el joven estaba dominado por la ira, de que buscaba pendencia, una forma de desahogar la tremenda cólera que bullía en sus entrañas.



RARA AVIS

FERNANDO ORVISO HERCE

Lo vio posar su mirada en los tres hombres que permanecían en un extremo del mostrador bebiendo y charlando animadamente. Sobre todo en un tipo muy bien trajeado, de aspecto impecable, que debía rondar los cuarenta años de edad.

El joven avanzó unos pasos. Se detuvo en el centro de la amplia sala y pronunció:

—¡Mills!

Su voz resonó como un trallazo.

[...]

